

25 Aniversario Sacerdotal P. Silvano Velásquez. 03 febrero 2,020.

1. Al cumplir hoy veinticinco años de vida sacerdotal quiero elevar mi acción de gracias al Señor por el don de su amor. Sin mérito de mi parte se fijó en mí y me llamó a su servicio. Como bien dice el apóstol San Pablo en un pasaje que me gusta meditar y repetir con frecuencia, “nos ha llamado con una vocación santa, no por nuestras obras, sino por su propia determinación y por su gracia” (2 Tim 1, 9).

Quisiera tener como referencia el Evangelio **de Macos**, no puede ser más claro al respecto cuando nos dice, “**y llamó a los que Él quiso**” (Mc 3, 13). El sacerdocio se fundamenta ante todo y sobre todo en una iniciativa de Jesús: llamó a los que quiso, no a los que lo deseaban. No existe derecho al sacerdocio. Esta misión no se escoge como se hace con un oficio o profesión. El que ha escuchado la llamada de Jesús y le ha respondido, sabe muy bien que puede decirse a sí mismo: por pura gratuidad, sin mérito de mi parte, Él me quiere, Él me llama.

En su dimensión más profunda, toda vocación es un gran misterio, es un don que nos supera infinitamente y ante la grandeza de este misterio uno se siente indigno de él. Por ello la gracia del sacerdocio se debe vivir siempre como sobreabundancia de misericordia, y la misericordia es la absoluta gratuidad con la que Dios nos ha elegido. Por eso cuando hablamos del sacerdocio y damos testimonio de él en ocasiones como ésta, uno tiene que hacerlo con gran humildad.

De otro lado las palabras humanas no son capaces de abarcar la magnitud del misterio de amor que es el sacerdocio, y en mi caso mi vocación a la Misión. Cualquier palabra me queda corta para expresar hoy todo el bien que el Señor me ha hecho y que con mi pobre cooperación me ha permitido hacer a lo largo de estos años. Tengo que confesarles que este día me siento un poco como el profeta Jeremías, tanto delante de Dios como de ustedes, “mira, Señor, que no se hablar, pues soy un muchacho” (Jer 1, 6).

Por ello les pido mil disculpas si no sé expresar adecuadamente todo lo que siento en mi corazón. El Señor es el único que sondea y conoce plenamente los corazones. Él conoce la historia de mi vocación, sabe cuán agradecido estoy a su amor, de cuán arrepentido me siento de no haberle respondido siempre según el máximo de mis posibilidades y capacidades, y de cuánto anhelo renovarle hoy mi entrega y fidelidad, pues no puedo concebir mi vida sin Él. **¡Gracias Señor por el don de mi vocación sacerdotal!**

En esta Santa Misa de acción de gracias, quiero hacer mías las palabras y el proceder del salmista: “Me acercaré al altar de Dios, al Dios que alegra mi juventud”

(Sal 42, 4). Sí, con toda humildad le pido al Señor que esta Eucaristía sea una ocasión maravillosa para acercarme reverentemente a Él, que es la fuente de la vida y por tanto de la auténtica juventud, para que renueve hoy y siempre la alegría juvenil de mi vocación, de mi primer amor, y así mi vocación mantenga siempre vivo el frescor y la disponibilidad de sus inicios. “Me acercaré al altar de Dios, al Dios que alegra mi juventud” (Sal 42, 4).

A mis hermanos sacerdotes: que la celebración de la Santa Misa sea el momento central de nuestra vida. Que en el encuentro cotidiano, profundo y eficaz con Jesús Eucaristía, razón de ser de nuestra vida sacerdotal, nuestra vocación se renueve continuamente a través de los años y Él mantenga siempre vivo y joven nuestro sacerdocio, para que así lleguemos a ser santos sacerdotes. El continuo contacto con la santidad de Dios en la Eucaristía así nos lo reclama.

2. En el pasaje del Santo Evangelio según San Marcos que he citado anteriormente y que me gusta tanto, cada palabra encierra un profundo contenido. En primer lugar, se nos dice que el Señor Jesús “subió al monte, llamó a los que Él quiso, para que estuvieran con Él”. El monte es el lugar de la oración de Jesús, el lugar donde se dirige a su Padre. En este caso particular, el Señor le habló a su Padre acerca de sus Apóstoles y, ciertamente, de todos aquellos que, a lo largo de los siglos participaríamos de su único y eterno sacerdocio. Sí, somos fruto de aquella larga noche de oración de Cristo con su Padre. Por ello todos los días debemos subir al monte de Jesús para escuchar que Él pronuncia nuestro nombre y nos llama. Sólo a través de la oración diaria y perseverante seremos capaces de encontrarnos una y otra vez con nuestra vocación para vivirla en fidelidad y santidad, para acogerla y desplegarla, dando así gloria a Dios. Como bien decía el Papa San Juan Pablo II,

“la oración hace al sacerdote y el sacerdote se hace a través de la oración”. Y como nos lo ha recordado Su Santidad Benedicto XVI, “la oración no es un tiempo que se quita a nuestra responsabilidad pastoral, sino que es precisamente trabajo pastoral” ¡Sin una sintonía particular y profunda con Cristo, el Buen Pastor, ¡nuestro sacerdocio de derrumbaría!

En un texto, el entonces Cardenal Joseph Ratzinger, reflexiona: “Cuando como obispo -y también como hermano en el sacerdocio- me he puesto a reflexionar sobre las causas que hacen que poco a poco se vaya desmoronando una vocación tan entusiasta y tan esperanzada en sus comienzos, siempre he llegado a la misma conclusión: ha habido un momento en que ha dejado de existir la oración callada y silenciosa, desplazada tal vez por el ruidoso celo de tantas cosas como hay que hacer. Pero ahora es un celo vacío, porque ha perdido su empuje interior «Para que

estuviesen con Él». Se necesita este «**con Él**» no sólo durante un cierto período inicial. **Estar con Él** debe constituir siempre la pieza central del servicio sacerdotal”.

3. El texto de Marcos menciona además otros dos contenidos esenciales de la misión apostólica y sacerdotal: predicar y tener potestad. “Y para enviarlos a predicar, con poder de expulsar demonios” (Mc 3, 15). Los apóstoles son enviados a predicar y son dotados de la potestad de expulsar a los demonios. Predicación y potestad, **palabra y sacramento**, son las dos columnas fundamentales del servicio sacerdotal.

¿Puede haber en la vida de un sacerdote algo más urgente que predicar la palabra de Dios y administrar los sacramentos? El hombre de hoy tiene un solo y gran deseo en relación al sacerdote: ¡que éste le dé a Cristo! Lo demás, lo que necesita a nivel económico, social y político se lo puede pedir a muchos otros. **Al sacerdote se le pide al Señor Jesús**. Y tiene el derecho de esperarlo de nosotros mediante el anuncio de la Palabra y en la gracia de los sacramentos que celebra.

Sobre todo, tiene derecho a recibirlo en la Eucaristía, donde el sacerdote administra el bien más grande que hay porque da a los hombres al Reconciliador en persona. Yo me pregunto: ¿Puede haber en nuestra vida sacerdotal algo más urgente que predicar la Buena Nueva a todos los hombres, que ser maestro y educador de la fe de la Iglesia, por la predicación, la catequesis y el testimonio de vida?

¿Puede haber en nuestra vida sacerdotal algo más urgente que pronunciar como propias aquellas palabras que sólo le pertenecen a Jesús y que por el ministerio sacerdotal Cristo nos permite decir y que siempre deberían estremecernos, «yo te absuelvo», «esto es mi Cuerpo», «ésta es mi Sangre»? ¿Puede haber en nuestra vida sacerdotal algo más urgente que yo sacerdote actúe “in persona Christi”, y perdone los pecados, reconcilie corazones, transforme vidas por la misericordia de Dios y en la celebración de la Santa Misa haga presente un amor indestructible que salva y que da vida eterna?

Mirando estos veinticinco años quiero confesarles con humildad y sencillez que los momentos más hermosos de mi vida siempre han estado marcados por el anuncio de la Palabra y la celebración de los sacramentos, que más que deberes o compromisos sagrados siempre los he vivido como necesidades de mi ser más profundo, según aquello que leemos en Jeremías: “antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía, y antes que nacieras, te había consagrado” (Jer 1, 5).

La vocación responde plenamente a aquello para lo que Dios en sus eternos planes de sabiduría y amor ha pensado para nosotros. Desde que somos concebidos la vocación está grabada en lo profundo de nuestro ser. No hay posibilidad de realizarse y de ser feliz en la vida sin buscarla y acogerla. **Por eso es tan importante que nuestros jóvenes, con nuestra ayuda, siempre busquen lo que el Señor quiere de ellos y tengan el valor de decirle un Sí generoso.**

4. En este día tan hermoso, quiero expresar mi amor y mi **gratitud** a mis padres Flavio Velásquez (+) y Catalina Santizo, junto a mis hermanas y hermanos que me ayudaron a crecer en la vida y en la fe, y que no dejan de acompañarme con su cercanía y amor e incluso con su ayuda económica. No han sido pocas las veces a lo largo de estos años en que he sentido su presencia, cariño y amor...

5. **A mis hermanos de Comunidad** les digo que para los que tenemos el llamado, no hay nada más hermoso que ser Misionero de la *Fraternidad Misionera de María*. El don de nuestra vocación, Espiritualidad del Éxodo (Misión), Marianismo y Amor a la Eucaristía es sin lugar a dudas una bendición que hay que acoger según el ejemplo de nuestra Madre, con humildad y con activa cooperación, siempre según el máximo de nuestras capacidades y posibilidades, con la confianza que la fuerza que viene de lo Alto y la ayuda maternal de la gloriosa siempre Virgen María bajo la advocación “Auxilio de los Cristianos”, a cuyo amparo nacimos, nos ayudarán en nuestro propósito de ser siempre fieles al Plan de Dios, para gloria de la Santísima Trinidad, honor de María y salvación de las almas que se nos han confiado.

Gracias especialmente a nuestro fundador. Fue su paciencia, constancia y dedicación la que hizo posible que descubriera el Plan de Dios en mi vida y me abriera a él con confianza y generosidad.

Un recuerdo muy especial a mí primera y querida parroquia (en Guatemala) de “San Rafael Arcángel”. Cómo no recordarlos éste día en mi oración. Fueron once años de trabajo pastoral en Ella. Encomiendo de manera especial a tantos buenos feligreses a quienes el Señor ya ha llamado a su presencia y con quienes compartí tantos momentos de fecundo trabajo evangelizador.

Mi gratitud a **tantos amigos**, porque sin su amistad y apoyo no hubieran sido posibles estos veinticinco años.

6. “Mira, lo hemos dejado todo y te hemos seguido; ¿qué recibiremos a cambio?” (Mt 19, 27; Mc 10, 28), le pregunta Pedro al Señor. “Yo os aseguro; nadie que haya dejado casa, hermanos, hermanas, madre, padre, hijos o hacienda por mí y por el Evangelio, quedará sin recibir el ciento por uno; ahora al presente, casas,

hermanos, hermanas, madres, hijos y hacienda, con persecuciones; y en el tiempo venidero vida eterna” (Mc 10, 29-30).

Lo sorprendente de la respuesta de Jesús está en dos cosas: por un lado nos previene que nuestra vida estará bajo el signo del dolor, pero por el otro que nuestra recompensa no ha sido aplazada, diferida a la vida eterna. Cristo ya da en esta vida el ciento por uno. Todo lo que podemos dejar por seguirlo no se compara con lo que Él ya nos da en esta vida. Él nunca se deja vencer en generosidad y amor. Quien al cabo de un tiempo más o menos largo echa una mirada retrospectiva a su vida sacerdotal o consagrada sabe cuán verdaderas son estas palabras del Señor Jesús. Dimos de nuestra pobreza todo lo que teníamos y Él llenó nuestra vida con la riqueza de su amistad: “Ustedes son mis amigos” (Jn 15, 14). Y más aún como fruto de acoger nuestra vocación, hemos visto crecer a lo largo de los años en torno a nuestro ministerio sacerdotal una gran familia de hermanos y de hermanas, de padres y de madres, en fin, todos los amigos en Cristo.

Por eso les digo a los jóvenes que están sintiendo la llamada a ser misioneros y **especialmente a los Seminaristas de la Fraternidad Misionera de María**: ¡No tengan miedo! Tengan más bien el valor de darle a Jesús primero el uno y Él les dará el ciento. Los exhorto y aliento a ser amigos de Cristo, a ser sensibles a la llamada que les hace de seguirlo. No hay mayor aventura que la de seguir al Señor Jesús, que la de ser su amigo. La vida sólo vale la pena de vivirse si se desgasta en aras de un gran ideal.

Y no hay mayor ideal que seguir a Cristo en su Iglesia, que descubrir su llamado y acogerlo sin reservas. Si Jesús te llama a ser su sacerdote respóndele con un «Sí» generoso y verás tu vida colmada, transfigurada de felicidad. ¡Él no quita nada, lo da todo!

A LA FRATERNIDAD MISIONERA DE MARIA mi Sincera y Eterna GRATITUD, por abrirme un espacio, en Ella descubrí mi vocación, en Ella aprendí a amar y servir a la Santa Madre Iglesia. En Ella Dios forjó mi vocación. ¡Mil gracias!

A María Santísima reservo mis últimas palabras. Desde mi tierna niñez y después a lo largo de toda mi vida su presencia ha sido constante. Una y otra vez he experimentado su amor maternal, su protección y su poderosa intercesión. Quiero hoy renovarle mi amor filial y mi propósito de acogerla como mi Madre, a semejanza de San Juan al pie de la Cruz, sobre todo en cada Eucaristía que celebre, así como lo hice en mi primera Misa en febrero de 1995. Quiero contemplar en todo momento su radiante hermosura y su pureza inmaculada, como imagen y modelo de la Iglesia a la que debo servir y amar con todas mis fuerzas. Y sobre todo quiero dejarme

configurar por medio de Ella con su Hijo, el Señor Jesús, Sumo y Eterno Sacerdote. Y junto con Ella quiero terminar con esta oración a su Divino Hijo, razón y ser de mi vida y vocación:

¡Jesús mío, te amo!

¡Tú sabes que te amo!

Y Tú sabes que quiero amarte cada día más.

Jesús mío acoge mi pobre corazón.

Tú me lo diste para que te amara y amándote yo sea feliz.

Mamá María, enséñame a amar a Jesús, con la pureza de tu Corazón Inmaculado.

¡Jesús mío, quiero ser siempre tuyo!

Tuyo ahora y siempre.

Tuyo sobre todo en la hora de mi muerte. Amén.

P. D. Siento tristeza por estar hoy lejos de mi Patria, pero al mismo tiempo siento una profunda alegría porque estoy cumpliendo con la Misión que Dios y la Fraternidad Misionera de María me han encomendado.

P. Silvano Velásquez FMM